

Me llevó a un lado, me pidió mil perdones por haberse atrevido a incomodarme, y me ha confesado humildemente que se hallaba en un gran apuro y que no conociendo a nadie en Crekelada, se había decidido a dirigirse al pastor de la aldea. Dice que es cómico de profesión, sin empleo, y que desea pasar a Manchester, pero no pudiendo pagar al posadero me pide por favor doce chelines prestados, prometiéndome que los devolverá exactamente en cuanto se haya colocado en algún teatro. Se llama John Fleetmann.

Su rostro manifestaba aun mayor tristeza que la que expresaban sus palabras. Le dije que lo que me pedía era la cuarta parte de lo que poseía, y que ni aun siquiera podía responder de conservar en adelante mi empleo.

Entonces me respondió con frialdad: — Respondeid á



En casa.—Dibujo de TOSNY JOHANNOT.

un desgraciado con la pintura de vuestros infortunios. Est bien; no hay nadie en Crekelada que, sin ser rico, sea compasivo?

Le miré algo cortado, sintiéndome lleno de vergüenza por haberle espuesto mi situación como un pretexto para mi negativa. Al mismo tiempo buscaba en mi memoria si no podría hallar algún habitante de Crekelada que pudiese auxiliarme, sin encontrar ninguno. Quizás he sido injusto con las jentes de mi parroquia.

Me aproximé al forastero y le dije poniéndole una mano

en el hombro; M. Fleetmann, me affige en extremo vuestra situación; os he espuesto la mía, pero, si puedo, os ayudaré, tened un poco de paciencia, que dentro de una hora recibiréis mi contestación.

Al volverme á mi casa me decía:

— Es extraño que este forastero se haya dirigido á mí y que un cómico haya pensado en el sacerdote. Sin duda hay algo en mi persona que atrae á los desgraciados. Cuando alguien se encuentra en un apuro, siempre acude á mí, que tengo tan poco para dar á otros. Hasta he notado que

cuando me hallo á comer de convidado en una casa, si hay allí un perro al instante apoya su frio hocico en mis rodillas pidiéndome un bocado.

De vuelta en casa, he contado á mis hijas mi conversación con el forastero; quería saber la opinión de Jenny, que

me dijo con un acento tierno: Sé, padre mio, cual es tu pensamiento, y no necesito darte consejo alguno.

— Y cual es mi pensamiento?

— Has dicho para tí; Haré por ese pobre cómico, lo que deseo que Dios y el doctor Smart hagan por mí.



El día de año nuevo.—Dibujo de TOSNY JOHANNOT.

No había pensado eso tal como Jenny lo decía, pero me hubiera gustado mucho haberlo pensado.

Tomé los doce chelines y se los di á Jenny para que se los llevase al viajero, porque nunca he deseado oír las gracias que dan los pobres; no quedo avergonzado, y la ingratitud es cosa que me hiere. Además, quería concluir mi sermón.

El mismo día por la noche. — Ese joven cómico es sin duda ninguna un buen hombre. Cuando Jenny volvió de la posada nos contó detenidamente lo que la posadera le había dicho. Parece que su huésped no tenía un penny y Jen-

ny le confesó que ella le traía algún dinero. Al oír esto, aquella mujer hizo una larga disertación sobre la manía de dar cuando no se tiene nada, sobre la locura de socorrer á los vagabundos cuando no se tiene con que alimentar á los hijos propios, y sobre otras mil cosas.

Seguí yo componiendo mi sermón cuando entró en casa M. Fleetmann, diciéndome que no quería salir de Crekelada sin dar las gracias á su bienhechor. Jenny estaba poniendo la mesa en aquel momento; teníamos para cenar rábanos y una tortilla, y convidé á nuestro forastero que aceptó gustoso. Gran necesidad tenía de reponer sus fuerzas; desde

por la mañana no había comido nada. Polly fué á buscar cerveza; mucho tiempo hacia que no habíamos hecho una cena tan buena.

M. Fleetmann pareció muy contento en nuestra compañía. La tristeza había desaparecido de su rostro, y no le quedaba mas que ese aire melancólico, propio de las personas desgraciadas. Me ha supuesto ménos pobre de lo que soy en realidad viendo la pobreza, el orden de nuestra casa, la claridad de las ventanas, la blancura de las cortinas y el brillo del suelo y de los muebles. En la morada del pobre los ojos se ven demasiadas veces ofendidos por el aspecto de la suciedad, pero yo nunca me canso de decir á mi mujer y á mis hijas, que la limpieza es uno de los mejores medios de economía y Jenny sabe entender á las mil maravillas todos esos cuidados caseros. En esto casi es superior á su pobre madre y da un excelente ejemplo á su hermanita. Su penetrante mirada sabe descubrir la mas pequeña mancha.

Al concluir la cena, nuestro huésped estaba ya familiarizado con nosotros; sin embargo mas ha hablado de nuestra posición que de la suya. Sin duda ninguna el pobre hombre tiene una honda pesadumbre sobre su corazón; no quiero suponer que sea sobre su conciencia. A veces en mitad de la conversación su rostro se ponía sombrío, aunque se esforzaba por parecer alegre. Dios le tenga en su misericordia. Cuando se levantó para marcharse, le acompañé dándole al mismo tiempo algunos saludables consejos. Sé que generalmente hablando los cómicos son un poco ligeros. Me prometió bajo su palabra que me enviaria lo mas pronto posible el dinero que le prestaba, y me preguntó repetidas veces cuanto tiempo podría vivir aun con diez que le quedaba.

Sus últimas palabras al despedirse de mí fueron estas: — Es imposible que seas desgraciado en este mundo. Teneis el cielo en vuestro corazón y dos ángeles á vuestro lado. Quería hablar de Jenny y de Polly.

20 de diciembre. — El día no ha sido bastante agradable porque el tendero Loster me ha enviado su cuenta de todo el año, cuenta mucho mas considerable que lo que creíamos, aunque en efecto no haya en ella nada que no se encuentre apuntado en nuestro libro de gastos; pero ha aumentado el precio de todos los artículos.

Lo peor es que le debo algo todavía del año último, y quiere que se le pague todo, porque dice que necesita su dinero. El total asciende á 18 chelines.

He ido á verle. Es un hombre muy amable y condescendiente; creí satisfacerle dándole algo á cuenta, pero nada ha podido convencerle, y ha concluido por declararme que la necesidad le obligaría á pagar toda clase de medios; porque debía cubrir un empleador de tres días. Me dijo que para un mercader el crédito era todo.

Conociendo que todas mis súplicas serian inútiles, le he dado todo lo que le debía. Ahora, ya no me quedan mas que once chelines. Dios quiera que el cómico me devuelva pronto lo que le he prestado; en otro caso no sé lo que harémos.

Pues bien; si no lo sabes, hombre de poca fe, Dios si lo sabe. Porqué se turba tu corazón? Qué mal has hecho? Acaso la pobreza es un crimen?

24 de diciembre. — Sin embargo, se puede uno regocijar con poca cosa! Muy contentos nos hemos puesto todos al ver el vestido nuevo de Jenny. La adorada criatura con ese vestido parece que está en traje de novia. No quiere estrenarlo hasta el día de año nuevo para ir á la iglesia.

Todas las noches me da la cuenta de lo poco que ha gas-

tado para la casa. Pero es preciso que en adelante nos acostemos á las siete para ahorrar aceite y carbón. No le hace: mis buenas hijas trabajan mucho mas que antes durante el día, y clarían por la noche en la cama hasta las diez. Tenemos una buena provision de nabos y de legumbres: Jenny cree que podremos vivir unos dos meses sin contraer deudas. Esto seria un golpe maestro. Para entónces creemos que M. Fleetmann habrá cumplido su palabra; cuando yo parezco durar de ello, Jenny está próxima á enfadarse, porque no quiere que se piense mal del forastero.

Muchas veces hablamos de él: mis dos hijas tienen mucho gusto en contarme las observaciones que han hecho. Su visita ha interrumpido la uniformidad de nuestra vida, y largo tiempo aun será el objeto de nuestras conversaciones. Me dió gusto ver la cólera de Jenny cuando Polly la dijo con malicia: — «No es otra cosa mas que un cómico.» Jenny contó entónces una porción de historias de actores célebres de Londres que se hicieron ricos y que han sido admitidos á la mesa de los príncipes, añadiendo que Fleetmann debe ser uno de los mejores actores que han existido en el mundo. Ha tenido que sufrir grandes desgracias, dice, pero tiene buenos nodales y un lenguaje muy fino.

— Si, si, contesta Polly con lenguaje muy fino; como que ha dicho que eres un ángel.

— Y tú otro, gritó Jenny vivamente.

— Si, pero eso lo dijo por cumplir; no pensaba mas que en tí sola.

Estas locuras infantiles me han hecho reflexionar un poco: Polly ya creciendo y Jenny tiene ya diez y ocho años. Como podré casarlas cuando llegue el día?

Jenny es una linda muchacha, muy bien educada y económica, pero todo Crekelada sabe que somos pobres, de lo que nace que no nos consideran mucho, y que será un milagro si puede encontrar un marido.

En nuestros días un ángel sin dinero no vale la mitad de un diablo con un bolsillo repleto de guineas.

La única ventaja que saca Jenny de su bonita cara, es que todos la miran con mucho gusto. Cuando llevó al tendero Loster el dinero que le debíamos, la regaló una libra de pasas y de almendras, y la dijo que sentía mucho haber estado tan exigente conmigo, pero que si seguía comprando en su casa, me haría hasta pascuas.

Jamas me ha hecho á mí una promesa semejante.

Si llegase yo á faltar, qué seria de mis pobres niñas? Solo el Señor que está en los cielos las protegeria.

Pero gracias á Dios, se hallan en estado de entrar á servir en cualquier parte. Vamos, no debo tener cuidado por su porvenir.

26 de diciembre. — Dos días bien penosos; nunca la fiesta de Natividad ha sido tan triste para mí.

En esos dos días he dicho mis dos sermones cinco veces en diez distintas iglesias. El camino de las aldeas estaba horrible; el viento soplaban con violencia, y hacia un frío insostenible. Principio á sentir el peso de los años; ya no estoy tan ligero y dispuesto como lo estaba antes. Es cierto que con berzas y nabos y un poco de agua fresca no se pueden tener muchas fuerzas.

Esos dos días he comido en casa del Labrador Hurst. Las gentes del campo son mas hospitalarias que las de nuestra aldea, en donde hace mas de seis meses que nadie se ha acordado de convidarme. Ah! Porqué no estaban á la mesa conmigo mis dos hijas! Cuanta abundancia! con las sobras que me dieran á los perros, habrían podido festejar la Noche Buena.

Sin embargo pude traerlas algunos pastelillos que están comiendo á estas horas con mil alegrías. Por fortuna, tuve valor para decir al Labrador y á su mujer, mientras me insustaban para que comiese: «Si me lo permitis, voy á tomar dos pastelillos para mis niñas.» Inmediatamente aquellas buenas gentes me llenaron de ellos un saco, y como flovia á cántaros, me trajeron en su coche hasta Crekelada.

Lo que se come y bebe es sin duda de poca importancia, con tal de que sea lo suficiente para apaciguar el hambre y la sed; pero sin embargo, no viene mal de cuando en cuando una buena comida; se siente uno mejor, y con ideas mas risueñas. El ánimo necesita ser excitado algunas veces. Estoy sumamente cansado. He hablado mucho con el Labrador Hurst; le escribiré mas adelante.

27 de diciembre. — Estamos locos de contentos; pero es preciso saber moderar la alegría; es una virtud que debo enseñar á mis hijas. Por esto he resuelto no abrir hasta las doce el rollito de dinero que me ha enviado el digno M. Fleetmann. Bien se le conoce á las mujeres que son hijas de Eva: las dos están devoradas por la curiosidad de saber lo que escribe M. Fleetmann. Se entretienen en leer las señas y en tomar el dinero, que pasa alternativamente de las manos de una á las de otra.

Pero como es esto? No he prestado á M. Fleetmann mas que doce chelines y me devuelve cinco libras esterlinas! Alabado sea Dios: acaso habrá hallado una ocupacion buena.

La alegría y el dolor están siempre cerca. Esta mañana fué á casa del alderman Fieldson, porque me habian dicho que el carretero Brook habia querido suicidarse á causa de sus deudas. Es un pariente lejano de mi mujer: hace doce años le serví de flador por una suma de cien libras esterlinas, y todavía no hemos salido del apuro. Parece que este hombre ha sufrido muchas desgracias en los años últimos, y se ha dado enteramente á la bebida.

El alderman me ha tranquilizado, diciéndome que en efecto habian corrido algunos rumores alarmantes con respecto á esto, pero que le parecia de todo punto inverosímil que Brook se hubiese suicidado. Cuando entraba ya consolado en mi casa, encontré á Polly que salió á recibirme para anunciarme la carta de envío de M. Fleetmann.

El mismo día por la noche. — Nuestra alegría se ha cambiado en una gran tristeza. La carta que creíamos era de M. Fleetmann es del señor doctor Smart, quien me comunica que no conservaré mi empleo sino hasta Pascuas, y que entónces arreglaremos para siempre nuestras cuentas. Me anuncia que puedo ocuparme inmediatamente en buscar otro empleo, que me envía el dinero necesario para subvenir á mis gastos de viaje, y que ha encargado al nuevo vicario el reemplazarme al punto en mis funciones.

De este modo los cuentos de los aldeanos no estaban desprovistos de fundamento; y acaso puede ser, como se decia, que el nuevo vicario haya recibido tan pronto su nombramiento, porque ha consentido en casarse con una de la familia del señor doctor Smart.

Jenny y Polly se han puesto pálidas como la muerte cuando en vez de la carta de M. Fleetmann se han hallado con esta espantosa noticia. Esta es la recompensa de tantos años de servicio!

Polly se arrojó sollozando sobre una silla, y Jenny corrió á encerrarse en su cuarto. Mis manos temblaban sosteniendo la carta del rector; entré en mi gabinete, me arrodillé y me puse á orar, levantándome despues mas consolado con mi plegaria, tomé mi Biblia y las primeras palabras que han visto mis ojos son las siguientes: «Nada temas, porque te

berliberado, te he llamado por tu nombre, eres mio.» (Isaias, c. XLIII, v. s.) con esto todo temor ha desaparecido de mi alma; he alzado los ojos al cielo, exclamando: «Si, señor, tuyo soy.»

No oyendo á Polly sollozar mas, me he vuelto al cuarto, donde he hallé de rodillas con las manos juntas y apoyadas sobre la silla. No dije nada; cerré la puerta suavemente, y me volví á mi gabinete para no turbar á mi hija querida.

Algunos momentos despues, habiendo oído á Jenny, me fui otra vez con mis dos hijas, á quienes encontré sentadas á la ventana; conocí en lo encarnado de los ojos de Jenny que habia buscado la soledad para ocultarnos su dolor. Ambas me miraban temblando. Creo que temian hallar en mi rostro la expresión de la desesperacion. Al ver la serenidad de mi fisonomia se tranquilizaron. Tomé la carta y el dinero, tarareando una antigua canción y los puse sobre mi pupitre. Hasta por la noche no han dicho una sola palabra de ese suceso, que tampoco por mi parte habia querido recordárselas. Un tierno sentimiento les habia dictado esa reserva, y yo entraba tambien en ella por el temor de parecer débil ante mis hijas.

28 de diciembre. — Es bueno dejar pasar la primera violencia de la tempestad sin medir con la vista sus destrozos.

Hemos pasado una noche tranquila. Ahora hablamos de la carta del doctor Smart y de la pérdida de mi empleo como de una antigua historia y ya estamos formando cálculos para lo vendiero.

Lo mas triste es que esos cálculos nos conducen á la necesidad de separarnos por algun tiempo. En efecto, lo primero es tratar de colocar á Jenny y á Polly en algunas buenas casas, en tanto que yo emprenderé mi viaje para hallar un empleo que nos dé pan á mis hijas y á mí.

Polly ha recobrado ya su buen humor, habla del stueño que ha tenido y nos divierte con su mitra de obispo. Oyéndola se diria que cuenta con algun favor de la casualidad.

En cuanto llegue el nuevo vicario á Crekelada, le abandonaré los registros de la parroquia y principiaré á dar pasos para hallar otro empleo. Mientras tanto voy á escribir á algunos antiguos conocidos que tengo en Salisbury y en Westminster, para saber si podrían colocár á mis hijas, ayt como cocineras, costureras ó doncellas en alguna casa honrada. Jenny podría tambien servir de aya para niños de corta edad.

No dejaré á ninguna de ellas en Crekelada. El pais es muy pobre, los habitantes poco caritativos y tienen todos los defectos de los lugareños.

Ya no se habla mas que del nuevo vicario. Algunos apertentan sentir el que yo me vaya; quizá lo sienten de todas veras.

29 de diciembre. — He escrito hoy á monseñor el obispo de Salisbury, pintándole mi dolorosa situación, el abandono de mis hijas y mis largos y fieles años de servicio en la viña del Señor. Creo que es un hombre piadoso y humano; quiera Dios se compadezca de mí! En las tres ó cuatro iglesias del Wiltshire debe haber algun rincón de sobra; con bien poco me contentaria hoy.

30 de diciembre. — Si no viene la mitra de obispo que Polly ha visto en sueños tengo que ir á la cárcel. Si, lo veo, la cárcel es inevitable, se me ha colocado toda mi energia y en vano trató de recuperár mi valor. Creo que ni aun fuerzas tengo para orar, tan grande es la desdicha que me amenaza.

Si, la cárcel es inevitable. Quiero repetírmelo sin cesar para irme acostumbrando con la idea. Dios misericordioso,

compadécete de mis hijas! no puedo decíras lo que sé.

Acaso una muerte prematura podría salvarme de esta vergüenza! Estoy aniquilado, y siento en mis venas el ardor de la calentura. El temblor de mis manos me impide seguir escribiendo.

Algunas horas despues. — Estoy un poco mas sosegado, quise arrojarme en los brazos del Señor y hacer oración, pero estaba tan malo, que he tenido que tenderme en mi lecho y creo que he dormido; acaso he estado privado de conocimiento. Han pasado tres horas. Mis hijas me han echado una porción de mantas á los pies. Mi cuerpo está abatido, pero mi corazón está mas animado, todo lo que me sucede me parece un sueño.

El carretero Broock se ha ahorcado! El señor alderman Fieldson me mandó á llamar para comunicarme la noticia mostrándome un pequeño sumario con la nota de que respondo. Despues me ha dicho que Broock dejaba muchas deudas y que ya podía tratar de pagar al mercader Withiel de Trowbridge con el cual salí de fador por cien libras esterlinas.

El señor Fieldson tenia razon para compadecerme. Dios del cielo! cien libras esterlinas! dónde podré hallarlas! Aun cuando vendiésemos todo lo que tenemos no sacaríamos cien chelines!

Broock pasaba por un hombre rico y muy formal. Jamas habria podido sospechar que debía acabar de esa manera. El corto patrimonio de mi mujer se gastó durante su larga enfermedad, y aun tuve que vender en menos de su valor algunas tierras que habia heredado cerca de Brodfort. En el dia me hallo reducido á la mendicidad. Ah! Si siquiera pudiera mendigar al aire libre! Pero me van á llevar á la cárcel, á menos que M. Withiel no sea muy generoso. Lo que es el pagar es imposible.

El mismo dia por la noche. — Me avergüenzo de mi debilidad. Caer en ese abatimiento, en esa duda y creo en la Providencia, y soy un sacerdote del Señor!

He hecho todo lo que podía, todo lo que debía hacer. He llevado al correo una carta para M. Withiel, en la que le esponia la imposibilidad en que me hallo de poder cumplir con mi obligación, añadiéndole que era libre de enviarme á la cárcel. Si ese hombre tiene algunos sentimientos de humanidad me compadecerá; en otro caso puede hacer lo que quiera conmigo.

Al volver del correo he querido poner á prueba el valor de mis pobres niñas, preparándolas para el golpe mas horrible. Ah! Ellas se han mostrado mas fuertes que el hombre, mas cristianas que el sacerdote.

Les he hablado de la muerte de Broock, de la fianza que habia firmado, y de sus results, y ambas me han escuchado con una triste atención.

— A la cárcel! dijo con voz baja Jenny, llorando y estrechándome en sus brazos. Ah! padre mio, tú que no has hecho nunca nada malo, verte tan maltratado por la fortuna! No, yo iré á Trowbridge, y me arrojaré á los pies de M. Withiel, sin levantarme hasta que haya obtenido tu libertad.

— No, no, respondió Polly, eso no servirá nada, porque los comerciantes son comerciantes, y no perdonarán por tus lágrimas un solo chelin de la cantidad que reclaman. Pero yo iré á casa de ese hombre y me comprometeré á servirle toda mi vida, no comiendo mas que pan y agua, hasta tanto que haya pagado con mi trabajo la deuda de mi padre.

Con estos proyectos, ambas se han quedado mas sosegadas. Sin embargo bien luego han conocido la vanidad de sus esperanzas y Jenny dijo:

— Para qué esos inútiles proyectos? Esperemos la respuesta de M. Withiel, y si quiere ser cruel que lo sea; Dios está tambien en la cárcel. Si te condenan á ir á ella, padre mio, acaso estarás mejor que aqui con nuestra miseria. Ninguna falta pesa sobre ti; no tienes nada que echarte en cara; mi hermana y yo nos pondremos á servir, y con nuestro salario haremos frente á tus necesidades. Hasta mendigaría si llegara el caso; mendigar por un padre es una cosa noble y santa. Tremos á verte y te cuidaremos mucho; no debes tener ya ningun temor.

— Tienes razon, repuso Polly: el que teme no cree en Dios. Yo voy á estar alegre, tanto como puedo estarlo separada de ti y de nuestro padre.

Esas palabras me han hecho recuperar mi perdido valor. No se engañaba Fleetmann cuando decia que yo tenia dos ángeles á mi lado.

El dia de San Silvestre. — Se acabó el año. Doy gracias al cielo, porque, al cabo y al fin, quitando algunos trastornos, este año ha sido para mí bueno y dichoso. A veces, es verdad, nos hemos visto en la mayor pobreza, pero siempre hemos tenido con que aplacar el hambre. Muchas veces amargas inquietudes han penetrado en nuestros corazones, pero tambien han nacido de ellas algunas alegrías. En el dia apenas tengo lo necesario para vivir durante seis meses, pero cuántos hay que no lo tienen, y que ni aun saben si vivirán mañana!

He perdido mi empleo; me hallo próximo á la vejez sin empleo y sin pan. Acaso debo pasar el año próximo en la cárcel lejos de mis queridas hijas, pero tambien está Dios en las cárceles como ha dicho Jenny. Para una conciencia pura, ni aun el infierno es un infierno, y para el alma del malvado no podría haber felicidad ni aun en los cielos. En una palabra, soy dichoso. Aquel que sabe soportar las privaciones es rico: una buena conciencia vale mas que todos los honores del mundo.

La desgracia ha sido para mí una escuela que me ha hecho comprender mejor el Evangelio. Los sabios de Oxford comentan la letra de la Sagrada Escritura, pero no pueden hacer comprender bien su espíritu: el mejor maestro de la palabra de Dios es la naturaleza.

Con estas reflexiones quiero terminar el año. Me felicito por haber tenido la idea de escribir este diario; todo hombre debería hacer uno semejante, porque mas fruto se saca del estudio de sí mismo que de la lectura de los mejores libros. Al notar de este modo cada dia los pensamientos y las impresiones, puede uno al fin del año considerarse bajo todos los aspectos. El hombre no es el mismo á todas las horas del dia. El que dice que se conoce apenas tiene razon mas que en el momento mismo en que lo dice, porque solo entonces lo siente, pero muy pocas personas saben lo que eran ayer, y mucho menos lo que serán mañana.

Este año he llegado á conocer la verdad en ese proverbio que dice « con bien vengas mal si vienes solo » como tambien la del otro que nos enseña que cuando el mal ha llegado á su colmo, es porque estamos próximos á volver á encontrar la felicidad. Por eso, pasada la primera impresion de mi dolor, pienso con placer en el bienestar que debo experimentar, y me consuelo diciéndome que la lucha va tocando á su fin. Cuando he satisfecho mis deseos, me siento, por el contrario, inquieto y trémulo y no me atrevo á concebir esperanza ninguna.

(Se concluirá.)

DIARIO DE UN VICARIO DE ALDEA.

(Véase la pág. 289.)



Desenlace.—Dibujo de TONNY JOHANNST.

Tampoco me fio en la tranquilidad. El tener demasiada confianza es un escollo muy peligroso para el hombre, y luego, de lejos toda desgracia parece mas terrible que lo es en realidad cuando cae sobre nosotros. Las nubes no son tan sombrías de cerca como á una larga distancia. Cuando me veo amenazado por una desgracia, tengo la costumbre de suponer las mas sinistras consecuencias; espero todo lo peor que puede suceder, y rara vez es la realidad tan funesta como mis suposiciones.

4.º de enero de 1675 por la mañana. — Me ha sucedido una triste y sorprendente aventura al principio de este año.

A las seis de la mañana, cuando estaba reflexionando en mi cama en el sermón de hoy, oigo llamar á nuestra puerta. Polly estaba ya en la cocina, y corrió á ver al que llamaba: Para vez nos vienen visitas tan temprano. Al resplandor del

crepúsculo, un hombre le entregó una caja bastante grande y la dijo: « El señor... (Polly no pudo oír el nombre) envía al señor vicario este cajon suplicándole haga el favor de tener mucho cuidado con lo que contiene. »

Polly tomó la caja con estrañeza, y el mensajero se alejó con rápido paso. Entonces vino á llamar suavemente á la puerta de mi cuarto para saber si yo estaba despierto; la dije que entrara, me hizo los saludos de año nuevo y añadió riendo:

— Ves, los sueños de Polly significan algo; aqui tienes la mitra de obispo.

Y dicho esto me contó como me habian traído aquel aguilado. Sentí mucho que no hubiese insistido en saber el nombre de nuestro bienhechor.

Polly se marchó para encender la lámpara y llamar á Jen-

By; entretanto yo me vestí, y confieso que mi curiosidad se hallaba vivamente excitada. Hasta aquí el vicario de Crekelada ha recibido muy pocos aguinaldos. Sospeché que mi amigo el labrador, que se había mostrado tan atento cuando estuve en su casa, me enviaba algún cajón de bollos, y admiré su delicadeza porque me había hecho su regalo a tales horas.

Entré en el cuarto, Polly y Jenny estaban ya de pie delante de la caja, cuidadosamente cerrada, y de un tamaño extraordinario. La levanté y vi que era muy pesada: cosa extraña! En la tapa tenía dos ó tres agujerillos redondos.

La abrí con mucha precaución con la ayuda de Jenny. Un pañuelo blanco de batista cubría lo que había en ella... le levanté y... no puedo pintar mi asombro: todos esclamamos á un tiempo: Dios mío!

Una criatura de seis ó ocho semanas estaba allí durmiendo en sus pañales de un lienzo delicado, y rodeada de cintas de color de rosa. Su cabeza reposaba sobre un almohadon de ras azul y tenía encima una linda colchita ricamente guarnecida de encaje de Brabant.

Pasamos algunos minutos contemplándonos en silencio, y por fin Polly esclamó saltando una carcajada:

— Qué vamos á hacer? No es una mitra de obispo! Jenny acarició al niño en las mejillas y dijo con voz conmovida:

— Pobre criaturita, que no tienes madre ó que si la tienes no se atreve á tenerle consigo! Gran Dios! Un ser tan dulce y tan inocente abandonado, sin socorro! Ves, padre mío? mira, Polly, qué descansado duerme, sin sospechar su desgracia, como si estuviese cierto de que se halla en las manos de Dios! Duerme, pobre criatura abandonada, duerme en paz que siempre velaremos nosotros á tu lado; te han traído á una casa donde ya te aman; yo voy á ser tu madre.

En tanto que Jenny hablaba de ese modo, gruesas lágrimas se desprendían de sus ojos. Estreché sobre mi corazón á mi escelente hija, diciéndola:

— Si, si, Jenny, puedes ser su madre. El ser rechazado por la suerte, pertenece á aquellos que como él, son victimas tambien de esa misma suerte. Dios quiere sin duda poner á prueba nuestra fé; pero no, no puede ser así, puesto que la reconozco ya, y por eso nos ha sido confiada esa criatura. Es verdad que ignoramos como hemos de vivir mañana, pero para eso lo sabe aquel que nos ha erigido en protectores de esa criatura.

Al punto quedó todo decidido. El niño continuaba durmiendo, y nosotros nos entregábamos á toda especie de conjeturas sobre sus parientes, que sin duda debíamos conocer, puesto que en el cajón venía mi nombre.

Desgraciadamente Polly no pudo decirnos nada sobre el portador. Yo me volví á pensar en mi sermón, en el que precisamente debía hablar del poder de la eterna Providencia. Durante ese tiempo mis hijas hablaban de los cuidados que iban á dar á aquel pobrecito desconocido.

Por mi parte me parecía que al principiar el año entraba en un mundo de prodigios, y fuese ó no el efecto de una superstición, consideraba á aquel niño como un ángel que me había sido enviado para protegerme en mi angustiosa situación.

Respiraba con mas libertad; todos mis pensamientos eran suaves y risueños.

El mismo día por la noche. — Concluída mi santa tarea, me volví bien cansado á mi casa.

Me ha sido preciso andar mucho tiempo por malos caminos, pero me he reanimado á mi vuelta con el contento de mis hijas. La casa tenía un aire de alegría que no la había

visto hacia mucho tiempo. La mesa estaba puesta y habia en ella una botella de vino: era un regalo de una mano desconocida.

Lo que mas me alegró fué ver la sonrisa del bonito niño que Jenny tenía en brazos; Polly me enseñó el ajuar de nuestra criatura, que consistía en una docena de lindos pañales, gorritos, y sus corrientes almillas de la mas rica tela que se encontraban en la caja, y además un rollo de dinero con mi nombre, que ella había descubierto á los pies del niño cuando se despertó y le tomó en sus brazos.

El rollo contenía veinte guineas y un papel con las siguientes líneas:

« Llenos de confianza en vuestra digna piedad y en vuestra caridad, unos desgraciados padres os envían su querido hijo. No le abandonéis; en cuanto podamos darnos á conocer, iremos á manifestaros nuestro agradecimiento. De léjos sabremos todo lo que hagáis por nuestro niño. El pobrecito se llama Alfredo y está ya bautizado; aquí tenéis el primer trimestre de su pensión, y cada tres meses recibiréis la misma suma exactamente. Cuidad al niño; le encomendamos á la ternura de vuestra amable Jenny. »

A la lectura de esta carta, Polly esclamó saltando de gozo: — Ahí está nuestra mitra de obispo! Adios ahora, pobre empleo de vicario. Sin embargo, añadido á modo de reflexion, no debería hallarme tan contenta. Tambien habrían podido hablar en la carta de la amable Polly.

Volvímos á leer la carta diez veces mas, y no podíamos creer á nuestros ojos viendo todo aquel oro en nuestra mesa.

Qué buen aguinaldo! Me hallaba de un golpe exento de cuidados para lo futuro; pero qué suceso tan inconceivable y extraordinario!

En vano he pasado revista á todas las personas que conozco para descubrir á aquel que su nacimiento y posición podían obligar á ocultar de aquel modo la existencia de su hijo, ó que fuera bastante rico para pagar tan caro una obra de caridad cristiana.

Por mas que sigo buscando, no hallo nada. Sin embargo los padres de Alfredo detienen particularmente á mi y á los míos.

Las vias de la providencia son admirables.

2 de enero: — La fortuna me colma de favores. Esta mañana he recibido por el correo doce libras esterlinas con una carta de M. Fleetmann. Esto es demasiado; por cada chelín me devuelve una libra; preciso es que sus negocios estén en buen estado, como me lo anuncia. Siento mucho que haya olvidado de ponerme sus señas.

Dios quiera que la riqueza no me haga demasiado presuntuoso! Ahora espero poder pagar poco á poco la deuda de Brock. Cuando dije á mis hijas que había recibido una carta de M. Fleetmann, se pusieron locas de contentas. No comprendo porque piensan tanto en ese jóven. Jenny se ha sonrojado y Polly la ha tapado el rostro con sus manos; porque me adula mucho en ella; me hace elojios que no merezco; todo lo exagera, hasta cuando podera á Jenny. Me daba lástima de lo que se turbaba cuando leía la carta; sin embargo debo citar ese pasaje, pues es muy notable:

« Digno pastor, cuando sali de vuestra casa, me pareció que salía de la morada de mi padre para volver á entrar en un desierto. Nunca os olvidaré, no, nunca olvidaré el gozo que tuve en vuestra compañía. Siempre os estoy viendo delante de mí, con vuestra rica pobreza, vuestra hu-

mildad cristiana, y si vuestra grandeza de alma patriarcal, y la encantadora Polly estaba allí... Ah! En cuanto á Jenny no hallo espresion ninguna... qué nombre se puede dar á los seres celestes cuya sola presencia poetiza todo cuanto les rodea? toda mi vida pensaré en aquel momento bendito en que me entregó los doce chelines acompañados de palabras de consuelo. Aun poseo esos doce chelines que no daría por mil guineas. Desde que estoy en el mundo jamás he sido mas dichoso y mas infeliz que en este momento. Mil espresiones á vuestras dos escelentes niñas, si es que no me han olvidado ya enteramente. »

Segun esta carta, parece que Fleetmann piensa en volver á Crekelada; esta idea me regocija, pues si se realizara podria manifestarle mi gratitud.

Acaso por un exceso de sensibilidad me ha enviado todo lo que poseo para darme gracias por haberle prestado la mitad de lo que yo tenia. Si así fuese, lo sentiria mucho. Parece un poco ligero, pero tiene un buen corazón.

Alfredo se sonreía hoy mirando á Polly cuando Jenny le llevaba en sus brazos como una jóven madre. Mis hijas saben cuidar al niño mejor de lo que yo creia; es verdad que tambien es una alhaja.

Le hemos comprado una bonita cuna y todo lo que necesitaba. La cuna se ha puesto al lado de la cama de Jenny, quien vela noche y dia sobre su hijo adoptivo como un ángel guardian.

3 de enero: — Hoy ha llegado á la posada el señor vicario Bleching con su jóven esposa, habiéndome dado parte de su llegada. Inmediatamente he corrido á verlos. Es un hombre muy amable y politico; me ha dicho que estaba llamado á sucederme, que deseaba entrar en funciones inmediatamente, si consentia en ello, pero que podia habitar en el presbiterio hasta Pascuas, y que entretante él pensaba vivir con el alderman.

Le respondí que puesto que lo deseaba, le pondria inmediatamente en posesion de su destino, y que de ese modo me quedaria mas libre para buscarme yo otro empleo; añadiendo que deseaba únicamente hacer un sermón de despedida á mis fieles á quienes habia enseñado durante tanto tiempo la palabra de Dios.

Me prometió venir á mi casa despues de comer para examinar el estado del presbiterio, y en efecto, vino con el alderman y con su mujer que me ha parecido muy activa y desvelada; apenas ha alzado los ojos para mirar á mis hijas; nada le gustaba en la casa. Cuando vió al niño en su cuna se volvió hácia Jenny y dijo: « Sois casada? » La buena Jenny se puso encarnada como un tomate é hizo un signo de cabeza negativo balbuceando algunas palabras. Esos modales no me han parecido bien, pero me he callado. Les ofrecí una taza de té y no la han querido. El señor vicario se muestra muy presuroso en obedecer á todas las voluntades de su esposa.

Todos nos pusimos muy contentos cuando se fueron.

6 de enero: — A juzgar por su carta, M. Withiel debe ser un buen hombre, siente mucho que yo haya contraído tal compromiso, y me escribe para decirme que no me atormentara para que le pague; parece que conoce mi situacion de familia, y me habla de ella con elojios; me considera como un hombre de honor. Esto ha sido para mi una satisfaccion muy grande. En cuanto pueda ir á verle le entregaré las doce libras de M. Fleetmann, á cuenta de mi enorme deuda.

Jenny asegura que duerme muy bien al lado de Alfredo, que está muy sosegado toda la noche, y no se despierta sino

una sola vez para beber. Sin embargo, me da mucho en que pensar mi querida hija. Ya no tiene aquella viveza que tenia ántes, aunque se muestre mas alegre que cuando nos hallábamos en tantos apuros para poder comer. Muchas veces despues de haber tomado su labor, se queda inmóvil y meditando, dejando caer sus manos sobre sus rodillas. Cuando se la dirige la palabra se estremece, y siempre hay que repetirle lo que se le dice. Esto procede sin duda de la continuada interrupcion de su sueño, aunque no quiere convenir en que esto sea; pero no hay medio de hacerla dormir durante el día, y afirma que disfruta de la mejor salud.

Nunca hubiera creído que fuese tan vana. Las hijas de Fleetmann no la han desagrado, puesto que me ha pedido su carta para volverla á leer, y la ha guardado en el canastillo de su labor. Qué locura!

8 de enero: — Mi sermón de despedida ha hecho llorar á la mayor parte de mis feligreses. Ahora conozco que estaba muy querido en la parroquia; nunca me han dicho tantas palabras afectuosas, ni jamás me han colmado de tantos dones. Qué abundancia de regalos en casa! Si hace algun tiempo hubiese poseído la centésima parte de todo eso, me habria creído el hombre mas dichoso! Ahora nos sobra, pues ya ha salido de casa una buena parte de nuestras provisiones. Conozco muchas familias pobres en Crekelada, y Jenny conoce aun mas que yo; las buenas gentes se regocijan con nosotros.

Tambien debo decir que estaba muy conmovido cuando compuse mi sermón; le escribí llorando. Era un adios á la parroquia en donde he vivido tanto tiempo. Me arrojaron de la viña del Señor como á un obrero inútil, y sin embargo he trabajado en ella con mucho celo; he sembrado buenas semillas, arrancando muy malas raíces. Me arrojaron de esa viña en donde noche y dia he velado y enseñado; nunca fui de la cama del enfermo; siempre fortifiqué al moribundo en su agonía infundiéndole santas esperanzas. Tampoco me alejé del pecador, ni abandoné á los pobres: llamé á los ovejas extraviadas al camino de la vida. Ay! esas almas ligadas á mi alma van á separarse de mí: cuanto padece mi corazón! Pero cúmplase la voluntad de Dios!

Hoy ofreceré con sumo gozo al doctor Snart el ocupar mi puesto gratuitamente, si el nuevo vicario no hubiese tomado ya posesion. Desde mi infancia me halló ya habituado á la miseria, y desde la infancia me duran las inquietudes de la vida material. Ahora con la pensión de Alfredo tenemos mas que suficiente mis hijas y yo, y aun podemos economizar para lo futuro, contentándonos con nuestros frugales alimentos.

Ah! No me quejaría del viento ni de la lluvia que mojae mis canas, si pudiese seguir enseñando á mis feligreses la palabra de Dios.

Pero cúmplase la voluntad divina; y no me toca ni quiero murmurar. Las lágrimas que caen sobre este papel no son lágrimas de tristeza; no es la pérdida del oro lo que hace correr mis lágrimas; pero Señor! Señor! no arrojes lejos de tí á tu servidor, por humilde que sea; dejame volver á entrar en tu viña y conquistar nuevas almas á tu bendicion.

13 de enero: — Mi viaje á Trowbridge ha tenido un resultado felicísimo. Llegué por la noche muy tarde y á pie á ese bonito pueblo, y como estaba cansado, he dormido largo tiempo. La mañana siguiente me vestí con el mayor esmero; desde que me casé no me he puesto tan majó. Enseguida fui á buscar á M. Withiel que vive en una grande y hermosa casa.

Primero me recibí con alguna frialdad, pero en cuanto

supo mi nombre me hizo entrar en su gabinete. Le di gracias repetidas veces por su indulgencia y bondad, y le conté las circunstancias que me obligaron á salir fador de Broock y las desgracias que había experimentado, concluyendo por ponerle sobre la mesa las doce libras que le llevaba.

M. Withiel me miraba con una emoción muy señalada. Cuando acabé de hablar me tomó la mano y me dijo:

— Ya os conozco, ya sé que sois un hombre honrado; volved á tomar ese dinero; en conciencia no puedo privaros de él, y me prometó que seréis bastante bueno para guardarlo en mi nombre como aguineldo.

Enseguida se levantó, entró en otro cuarto y me presentó un escrito diciéndome: « Ya conocéis esta fianza con vuestra firma al pie; os la doy á vos y á vuestros hijos. »

Rompí el papel y puso los pedazos entre mis manos. Estaba tan estupefacto que no podía pronunciar una palabra; mis ojos se hallaban inundados de lágrimas. Conociendo que deseaba darle gracias y que no podía desplegar mis labios exclamé: « Vamos, yamos, ni una palabra mas sobre ese punto; son las únicas gracias que os admito. Si Broock me hubiese confiado su posición, con mucho gusto le habría perdonado la deuda. »

Al día siguiente, M. Withiel me ha traído en su hermoso carruaje hasta Crekelada.

Mis hijas han llorado de alegría cuando les dije: « Es admirable! Aquella hoja de papel era mi mas pesada carga y ya está destruida. Rogad á Dios para que recompense á nuestro libertador. »

16 de enero. — El día de ayer ha sido el mas memorabile de toda mi vida.

Nos hallábamos reunidos en la sala á eso de las doce del día; yo mecia al niño Alfredo; Polly leía, y Jenny estaba cosiendo junto á la ventana. De repente esta última se levanta y retrocede pálida como la muerte; espantados la preguntamos lo que tiene, y ella trata de sonreír diciéndonos: « Ahí está. »

Se abre la puerta y vemos entrar á M. Fleetmann elegantemente vestido. Le saludamos presurosos, y contentos de volverle á ver en una situación mejor que la primera.

Me abraza, da un beso á Polly y saluda respetuosamente á Jenny que no había vuelto aun de su extrañeza. Habiendo notado su palidez se informa con inquietud de lo que le pasa. Polly se lo explica todo; entonces besa la mano de Jenny como para suplicarla que le perdone la emoción que involuntariamente acaba de causarla, pero la pobre muchacha se hallaba ya encarnada como una rosa abierta.

Mandé traer al instante vino, grosella y unos pastelillos para obsequiar á nuestro huésped, á nuestro bienhechor, mas dignamente que lo hicimos al recibir su primera visita. Al principio dijo que no queria nada, porque tenia que volverse á la posada donde le esperaban algunas personas, pero no pudo resistir á las súplicas de Jenny y se sentó á la mesa.

Creí que las personas que le esperaban eran cómicos y le pregunté si tenia el proyecto de representar comedias en la pobre aldea de Crekelada.

— Sí, me respondió, pensamos representar comedias, pero gratis.

Polly se puso loca de contenta, porque hace mucho tiempo deseaba ver una pieza de teatro.

— Tenéis con vos muchos compañeros? le pregunté.

— Nada mas que un hombre y una mujer, repuso Fleetmann, pero son unos artistas excelentes.

A estas palabras Jenny se puso muy triste, echó una mirada seria á Fleetmann y le dijo:

— Y vos representáis tambien?

Jenny le dijo estas palabras con un acento que nunca le había oído sino en las circunstancias las mas graves. El pobre Fleetmann se quedó cortado con aquel acento tan extraño; la miró á su vez muy seriamente, pareciendo pedirle una respuesta y por fin la dijo:

— Señorita, os juro por mi Dios y el vuestro, que solo vos podeis contestar á esa pregunta.

— Ojalá pudiese ser verdad lo que decís.

Puse fin á ese *imbroglio* llenando los vasos para beber á la salud de nuestro bienhechor.

— Señorita, dijo Fleetmann mirando á Jenny atentamente, quereis beber á mi felicidad?

Jenny puso las manos sobre el corazon, cerró los ojos y bebió sin pronunciar palabra.

Fleetmann se puso entonces muy alegre, se acercó á la cuna y miró al niño. Polly y yo le habíamos contado lo que había pasado y entonces dijo sonriendo:

— Con que no adivinasteis que era yo el que os enviaba ese aguineldo?

— Quién? — Vos? — Cómo es eso? — exclamamos los tres á un tiempo.

Había llegado al como nuestro asombro. El joven tomó la palabra y nos hizo la relacion siguiente:

— No me llamo Fleetmann, soy el baron Cecilio Fayford. El hermano de mi padre queria despojarnos de los bienes que nos pertenecian á mi hermana y á mi, y con ese objeto nos puso un pleito que ha durado muchísimo tiempo, y mientras tanto hemos tenido que vivir con la poca herencia que nos dejó nuestra madre. Mi hermana padecía cruelmente con la opresion de nuestro tío, que era tambien tutor, y había resuelto el casarla con el hijo de uno de sus amigos, pero mediante mi aprobacion, se ha casado secretamente con el joven lord Sandow, y Alfredo es el primer fruto de ese matrimonio. Bajo pretexto de que tomase los baños de mar pudimos alejar durante algunos meses á mi hermana de la casa de su tutor, pero necesitábamos tambien hallar una casa segura para el niño. Entonces oí hablar por casualidad de la pobreza y caridad del vicario de Crekelada, y vine aquí espresamente para verlo. La acogida que me hicisteis fijó mi resolucion. Mi hermana no ha vuelto á entrar en la casa del tío, y hace cuatro meses que hemos ganado nuestro pleito y que por consiguiente estamos en posesion de nuestro patrimonio legitimo. El anciano lord ha muerto de repente estos últimos dias, y mi hermano politico ha publicado inmediatamente su matrimonio. En el día no tenemos ya ningun motivo para ocultar la existencia de ese niño, y sus padres han venido conmigo á reclamarle; yo, señor yerno, vengo á buscaros con vuestra familia, si no quereis desdeñar mis ofrecimientos. El curato cuyo rectorado pertenece en el día á mi familia está vacante; á mi me toca disponer de ese puesto que produce, con el diezmo, mas de doscientas libras esterlinas por año: señor vicario, habeis perdido vuestro empleo y me consideraria un hombre muy feliz, si consintieseis en vivir á mi lado.

Dios sabe la turbacion que causaron en mi estas palabras; lágrimas de alegría velaron mis ojos, y tendí los brazos á ese joven que se me aparecía como un mensajero de los cielos. Polly me dió un abrazo con un grito de gozo y Jenny quiso besarle las manos, pero él se retiró muy conmovido para sustraerse á las efusiones de nuestra gratitud.

Aun estábamos mis hijas y yo abrazados todos y llorando

quando entró el baron con su hermano politico y su mujer. Esa hermosa joven se precipitó á la cuna, se arrojó junto á Alfredo y le cubrió de besos y de lágrimas.

Cuando se calmó un poco se acercó á nosotros, para darnos las gracias; pero Polly mostrándole á su hermana que estaba apoyada en la ventana la dijo:

— Señora, aquella ha sido la madre de vuestro hijo.

Lady Sandow se acercó á Jenny, la miró algunos instantes en silencio, se volvió sonriendo hácia su hermano y luego tomó á Jenny en sus brazos: la pobre muchacha no se atrevia á levantar los ojos; lady Sandow la dijo:

— Os debo demasiado para poderos pagar el bien que me habeis hecho: sed mi hermana, querida Jenny, y entre hermanas ya no habrá nada que decir.

En tanto que ellas se abrazaban, el baron se acercó y las dijo:

— Si, sed mi hermana, continuó la joven, y permitidme á hermano mio, que no se separe nunca de nosotros.

Jenny se quedó sonrojada.

— Es el bienhechor de mi padre, nos dijo.

— Pues bien, respondió lady Sandow, no quereis ser tambien la bienhechora de mi hermano? Miradle con ojos favorables; si supierais lo que padece porque os ama!

El baron tomó la mano de Jenny y la llevó á sus labios; lady Sandow los trajo á los dos delante de mí, suplicándome que les echara su bendiccion.

— Jenny, exclamé: es verdad lo que está pasando? Podráis amarle? Decidete.

Jenny alzó los ojos al baron, le tomó la mano, la puso sobre su corazon y respondió:

— Dios lo ha decidido!

Bendije á mi hijo y á mi hija. Solemne fué el momento aquel; todos los ojos estaban brillantes de lágrimas. Polly se arrojó en mis brazos riendo y llorando á la vez.

— Ves, padre mio, exclamé, ves cuantas mitras de obispo! No era verdad mi sueño?

Alfredo se despertó en aquel momento.

No, en vano, describiré ese día: mi corazon está demasiado hinchado. Ademas no me queda un solo instante de reposo.

JUAN BAUTISTA MONROYER.



Jarron de flores. — Rosas, jazmines, caberzas de adormideras y espuelas de caballero.

Hay dos maneras de comprender los cuadros de flores. Los unos las pintan por amor á las mismas flores, y los otros por amor á la pintura. Estos no ven en un ramillete mas que un bonito conjunto de tonos brillantes que debe sorprender la vista con mil delicias. Si la rosa ostenta sobre su cuadro sus suaves colores, si el clavel muestra su her-

moso jaspeado, si un tulipán enseña sus rayas de oro, no es tanto por encontrar al botánico haciéndole reconocer y llamar por su nombre latino sus queridas flores, sino por proporcionar al pincel una ocasión de luchar con la naturaleza y producir efectos deslumbrantes. En este caso las flores servirán de pretexto para un cuadro que presente una bonita escala de colores selectos, elevándose por el jacinto hasta el blanco del marfil ó por la azucena hasta el blanco de la porcelana, y bajando por la escabiosa hasta la oscura violeta. Cada flor parece una nota aguda, ó moderada ó grave en esa música de los tonos, y el pintor se queda muy contento con haber logrado encantar al espectador con la pintura de sus brillantes armonías.

Los otros, por el contrario, mas amantes de las flores que del arte, se apasionan por sus modelos hasta el punto de olvidar el efecto que debe producirse. Son mas naturalistas que pintores: la individualidad de cada especie les seduce. Aprenden á pulir las hojas de la rosa, á dibujar con finura los tallos, en una palabra á seguir con la punta del pincel la anatomía de sus preciosos modelos, sin perdonar el mas ligero pétalo caído, y de ese modo á fuerza de pensar en los detalles desmenuzan el conjunto; en su pasión por cada flor, no se atreven á hacer ningún sacrificio, ningún otro al menos que el que resulta de la modestia misma de ciertas flores que se desvanecen en sus discretas tintas como el jacinto azul ó espuela de caballero, para que brillen mas sus compañeras.

De esas dos maneras de pintar las flores la primera es la que caracteriza el talento de Bautista Monnoyer. Este maestro venido al mundo en el siglo de Luis XIV, en 1633, tenía mas bien el instinto de la decoración que el sentimiento de la naturaleza. Es verdad tambien que en aquella época se pintaban las flores como un objeto de decoración, como pretexto para ostentar ricos colores, pero no como un objeto de arte y amor. El amor de los campos no fué jamas el carácter distintivo de la Francia clásica.

Pero si Bautista Monnoyer pertenece á la escuela francesa, no es únicamente porque nació en Lila, capital de la Flandes francesa, sino porque estudió en París y todas sus obras respiran el sentimiento particular de Francia. Poco podemos decir sobre su vida; quien se ocupaba entonces en recojer datos para la biografía de los pintores? Lo que se sabe es que á los treinta años, en 1663 se presentó y fué admitido por unanimidad en la Academia de Francia.

Entonces principió á extenderse su reputación, tanto mas facilmente cuanto que era el único que se dedicaba á la sazón á la pintura de las flores. El artista se apoderaba de todo cuanto podia engrandecer su dominio y servir de acompañamiento á sus ramos de claveles y jazmines, á sus azucenas y á sus rosas. La riqueza y pompa que ponían Le Brun en sus cuadros históricos y Rigaud en sus retratos, Bautista Monnoyer las desplega iguales en sus flores. Sobrios tapices, pesados y guarnecidos de franjas de oro, adornaban la composición magistralmente arrojada sobre consolas de mármol ó de pórfiro. Otras veces como aun se vé en el Louvre en uno de los cuadros de este pintor que hay en la galería, el artista pintaba una coraza damasquina ó un casco para neutralizar con sus luces los claros principales del ramillete. Pero esas duras imágenes, aunque contribuyen al efecto óptico, rompen la unidad de la impresión; la mirada no puede acostumbrarse á esos contrastes que la ofenden; la dulzura de un junquillo ó la melancolía de una tuberosa no pueden acordarse nunca con el hierro de una armadura. (Se continuará en los próximos números.)

UN VIEJO.

Me gustan algunas veces los paseos solitarios, y particularmente cuando me siento dominado por ese disgusto general de todo, que los ingleses han calificado con el nombre de *spleen*. Suele ser lo mas jeneral que el infeliz que es atacado de enfermedad tan horrible, busque su remedio en el tumulto de las diversiones. Yo por el contrario, padezco con mas fuerza en la bulla que en la soledad. No acierto á definir esta anomalia, ó como la quieran llamar, pero aun cuando supiera la causa, me abstendría muy bien de referirla. No cansar, es la divisa que llevo en todas mis empresas literarias, y en este supuesto, como á los lectores les ha de interesar poquísimo el conocer la razon que me obliga á separarme en aquel sentido del todo de las jentes, les hago gracia de una disertación con sus ribetes de patológica, tanto por evitarles un rato de fastidio, cuanto porque mallada la falta que hace para saber, que el año de 1817 me hallaba en Granada, y que sufriendo la incomodidad de espíritu de que ya he hecho referencia, subí á la Alhambra todas las mañanas de julio y agosto, me paseaba por sus alamedas, me sentaba cuando estaba cansado, y volvía paso entre paso á mi casa, así que el astro diurno dejaba sentir sobre mi persona, sus abrasadores rayos.

Tenia el capricho de sentarme siempre en un mismo asiento, deseo que satisficiera á todas horas, porque como apenas subía jente, estaban á mi disposición por lo regular cuantos asientos encierra aquel recinto encantador, pero todos los despreciaba, gozando de mi preferencia uno tan solo, al que habia llegado á cobrar cariño, y lo consideraba como una cosa mia interin descanzaba en él.

Se llama únicamente á las mujeres caprichosas, y en esto del *uicio*, no estoy conforme. Siendo el capricho una falta inherente al corazón humano que data desde la creación del mundo, y aunque fuese la madre Eva quien tuvo la de probar aquella maldadada manzana, no descienden las mujeres solamente de esta y nosotros del señor Adán, sino que todos participamos de lo bueno y malo de nuestros primeros padres, y por ello no veo un motivo fundado para que el bello sexo cargue con todo esta falta, y no se diga nada del feo, cuando suele tener algunos caprichos... que mas vale callar... Podrá argüirse que una golondrina no hace verano; pero yo creo que no voy tan disparatado en mi juicio; y reclamo el apoyo de las señoras mujeres, que no me dejarán defenderme solo, cuando se me ataque sobre este punto.

Sea en fin lo que fuese, la verdad del caso es, que una mañana, que mas tarde de lo acostumbrado, dirigí mis pasos á la Alhambra, creí divisar unos bultos en mi asiento favorito. Serías sospechas concebí al momento de que estuviese ocupado, las que no tardaron en trocarse en realidades, viendo que efectivamente habia dos personas en él. Aquella sorpresa me puso de muy mal talante, con tanta mas razon cuanto á que todos los demas estaban desocupados, excepto el inmediato. Con una indignación semejante á la del mayor Anspech (1), cuando vió ocupada por la primera vez su gruta del parque, pasé enfinado y cabizbajo por delante de las personas, sin mirarlás siquiera y con la esperanza de que á la vuelta del paseo que me proponía dar, hallaría libre y desembarazado mi asiento. Pero desgraciadamente no fué así; despues de haber recorrido algunas calles de álzamos, volví á la gorieta donde aquel estaba y aun no se ha-

1 Héroe de una novela alemana.

bían levantado mis usurpadores. Fijé entonces la vista en ellas, como para ahuyentarlás si podia con mi gesto amenazador, y eran dos señoras, la una jóven y linda y vieja la otra, aunque de un semblante agraciado. Debo confesar en honor de la verdad, que su presencia no fué menos incómoda que lo hubiera sido la de seres de mi mismo género; pero como el resultado era igual, y me sentía bastante cansado, iba ya á sentarme en cualquiera parte renegando entre dientes de mi sino; cuando con no poco contento de mi ánima, levantáronse las señoras y tomaron el camino de una de las alamedas. Al instante corrí desalado hácia mi asiento del que tomé posesion con un placer indecible. Me puse á tocarlo por todas partes, á mirarlo con alegría... y veo debajo de él un papellito doblado, de un color de rosa, bastante subido. Lo tomo, y sin reflexionar si hacia bien ó mal, desbago sus dobleces y lo primero que á mi vista se presenta es un «A... Soneto» con una letra bastante gruesa. Principio á leer y estaria cerca de la conclusion, cuando oigo una voz entre agitada y triste que dice:

— ¡Caballero, que feliz es usted!

Levanto los ojos y veo enfrente de mí á un jovencito como de unos 18 años, vestido con elegancia, que miraba el papel que tenía yo en la mano, con una languidez estrema.

— Si señor, continuó con voz trájica, usted me ha de dispensar, pero todo lo he observado detras de aquellos arboles.

— ¿Y qué ha observado usted? le pregunté sorprendido.

— ¿Querrá usted negar, me respondió, la impaciencia con que aguardaba la ida de esas señoras? ¿el modo de correr á ese asiento tan luego como se fueron? ¿y la carta que no en vano ha buscado, y que aun se encuentra entre sus manos?

Atónito estaba yo con lo que me sucedía, sin saber que contestar, aunque no pude menos en mi interior de conocer que las mas veces engañan las apariencias con tan vivos colores, que no dejan la menor duda acerca de lo que parecen demostrar. El jovencito prosiguió diciéndome:

— Sin duda le sorprenderá á usted este modo de hablar, pero sepa que estoy loco, frenético, que deliro por esa mujer que ha estado sentada donde se halla usted ahora, que soy su sombra que la sigue donde quiera se dirije, porque la adoro, porque conozco que sin ella me será imposible vivir; mas desgraciadamente, mi clase no es igual á la suya, y este obstáculo me ha contenido para llegar á pedirselá á su familia... y yo, tonto de mí, (prosiguió animándose) que atribuía á desden y orgullo lo que solo era amor por otro hombre. ¡Oh! pero tenga usted entendido que no tan así como quiera me dejó arrebatat la felicidad. Aborrezco á usted porque la ama y es correspondido, y quiero... está usted que no nos batamos. Un desafío solo serviría para adquirirme su odio si quedo vivo, mas en cambio gozaré estorbándole que sea feliz toda vez que tan desventurado me ha hecho. ¿Con que vamos, que dice usted?

Por tan estraña relacion, conocí el estado calenturiento de aquel jóven, y por toda respuesta le alargué el papellito de color de rosa, que así con una fuerza brutal, queriéndolo devorar con los ojos, pero apenas se fijaron en él cuando cambió repentinamente la espresion de su semblante, y exclamó con una emocion de verdadera alegría.

— ¡Ah! ¡es mi soneto! ¡mi soneto que lo llevaba consigo, y que se le habrá caído! ¿Luego no ha desdefiado el recibirlo? — Caballero, perdoneme usted, habré dicho mu-

chas necesidades, ya vé usted como estoy; y sin decir mas se dió á correr como un desesperado, con dirección al camino que habian tomado las señoras.

— ¡Pobre jóven! ¡exclamé viéndole alejarse.

— ¿Lo cree usted así? me replicó una voz que venia del lado opuesto al que miraba.

Volví la cabeza, y sobre el banco inmediato vi entonces á un viejecito, que tenía puesto un frac antiquísimo, un sombrero cuya figura era poco mas ó menos, segun la moda del día, pero que su fabricacion se remontaba á alguna docena de años atrás, y unos pantalones de mahon, sin trabilla, idénticos en un todo á los que ahora se usan, dejando ver como es consiguiente entre su remate y los zapatos, media vara de pantorrilla, vestida con blanca media de hilo.

(Se continuará.)

PABLO POTTER.

Pablo Potter, llamado Descamps, era oriundo de la casa de Egmout por su abuela. Sus antepasados habian desempeñado los primeros cargos en la ciudad de Enkuisen, en donde nació en 1623, de Pedro Potter, pintor bien inferior, que algun tiempo despues fué á establecerse á Amsterdam para adquirir allí el derecho de ciudadanía. El jóven Potter no tuvo otro maestro que su padre, á quien sobrepujo en cuanto hubo aprendido los primeros rudimentos de su arte. «Fué un prodigio de que no hay ejemplo, añade Descamps; á los catorce años era ya un maestro muy hábil, y aun sus obras de aquel tiempo figuran entre las de los grandes hombres.»

Despues de los años estudios que hizo en Amsterdam copiados de los hermosos cuadros que allí se encontraban, Pablo Potter abandonó á su padre, para poder formarse en toda libertad, y se fué á fijar á La Haya, donde el acaso le llevó á vivir al lado del arquitecto Nicolas Balkenende, que gozaba allí de gran nombrada. Este Balkenende tenía una preciosa hija de quien se enamoró perdidamente nuestro artista, y la jóven, lisonjeada por haber inspirado semejante pasión, correspondió á ella hasta tal punto, que el pintor la pidió en matrimonio. El padre respondió con desden que jamas daría su hija á un hombre que *no pintaba mas que animales*. Pero el enamorado artista no se desanimó por esto; puso en movimiento á los ricos aficionados que apreciaban su mérito, que ya le compraban bien caros sus modestos animales, y el señor Balkenende supo bien luego «que el primer arquitecto del mundo podia honrarse con aquel yerno.» El arquitecto se arrepintió y dió su hija Adriana Balkenende á Pablo Potter, cuando este tenía solo veinticinco años, y apenas casado se instaló en una hermosa casa que puede decirse se volvió la Academia de La Haya.

Para un pintor de animales no hay comarca mas favorable que la Holanda ni mas fecunda en hermosos modelos, es decir, en modelos pintorescos. La humedad del suelo hace de ella una inmensa pradera de hermoso verde en que numerosos ganados pasean sus pieles manchadas de armoniosos tonos. En ninguna otra parte son tan variados y brillantes los colores de los buyes y vacas. Si es es cierto, como lo ha dicho M. Bernardin de Saint-Pierre, que por todas partes la naturaleza opone el color de los animales al del fondo en que viven, en ninguna otra lo es tanto como en Holanda. País monótono, dominado por un cielo siempre enceniciento y triste, la patria de Pablo Potter fija y encanta la mirada por la riqueza de tonos que se nota en los animales. Se diría que la naturaleza ha querido dar esa compensación á los habitantes

de una comarca sin brillo, sin accidentes, sin relieve.

Por eso Pablo Potter no tuvo mas que pasearse en las cercanías de La Haya para hallar en ella modelos, y los primeros que encontró hubieron de parecerle muy hermosos, puesto que pudo copiarlos en toda su sencillez en las actitudes na-



PABLO POTTER.—Dehesa de Ganado.

crupuloso en todas las posturas imaginables, desde el pértil mas sencillo hasta el escorzo mas difícil.

Esos bellos estudios, esos diseños, ó por mejor decir, esos buenos dibujos, le servían al pintor de materiales para sus composiciones, y á veces los concebía tan sencillos, que le bastaba añadir un fondo á uno de sus *estudios*, para que al punto quedase convertido en cuadro.

Muchos le han disputado las cualidades que distinguen á un pintor de primer orden; pero se puede asegurar sin te-

torales de su reposo ó de su sueño. Sumamente aficionado al estudio, no salía nunca sin llevar consigo un cuadernito de papel blanco en donde diseña todo lo que llamaba su atención; un árbol, una planta, un cercado ó un pastor. En cuanto á los animales, los copiaba con el cuidado mas es-

mor de equivocarse, que aun encerrado en los límites de su especialidad, Pablo Potter fué un pintor excelente. No solamente conoce á fondo los animales, su anatomía y su carácter, sino que ha sabido observar mejor que nadie el movimiento que les imprime ese mismo carácter. Qué bien comprende la construcción de sus hermosos ganados pastando bajo el frío de la Holanda! Su cuadro de la *Dehesa* es uno de los mejores que en este género ha pintado.

(Se continuará en los próximos números.)

ALBERTO DURERO.



Los desposorios de la Virgen.

Alberto Durero, ese nombre que es como una evocación de todos los sueños de la Germania, nació en Nuremberg el 20 de mayo de 1474. Su padre oriundo de la Panonia, ejercía con rara habilidad la profesión de platero y pasa por haber sido un buen grabador. En su juventud trabajó en los Países-Bajos en donde los famosos maestros de la escuela

de Bruges le enseñaron su estilo delicado y verdadero á un tiempo, pero en 1493 abandonó las praderas de Flandes por los frescos valles de la Alemania. A la edad de veintiocho años se estableció en Nuremberg y se casó con una joven de la ciudad llamada Barbara Hellerin que fué la madre de nuestro artista. Alberto Durero comenzó ya desde muy jó-

ven á ayudar á su padre en el cíncelado, aunque siempre el burli obtenía la preferencia.

Alberto Durero tenía quince años cuando empezó á tomar lecciones de Miguel Wolbigemuth que era uno de aquellos maestros que habia entonces llenos de modestia y de honor que trabajaba en un humilde estudio. Nuestro artista á la salida de su aprendizaje, abandonó á su maestro y se fué á viajar por la Alemania, los Países-Bajos y la Italia. A la vuelta se casó con Inés. Frey mujer avara, imperiosa y violenta que no le dejó un solo instante de reposo. Sin embargo al cabo de algun tiempo pudo escaparse á Venecia, la patria de los coloristas italianos. Era entonces el año 1506. Ya los maravillosos grabados de Alberto Durero habian atravesado los Alpes llegando hasta Rafael, y estos dos admirables maestros, sabedores de su reciproca admiracion, se regalaban mutuamente sus retratos.

En todos sus viajes nuestro artista recogió por todas partes muestras inequívocas del aprecio en que se lo tenía. En Amberes, en Gante, en Bruges le llovian los convites y por la noche le acompañaban á su casa con antorchas encendidas.

Por otra parte la vista y sobre todo la observacion de los cuadros flamencos habian ido cambiando poco á poco las ideas de Alberto Durero sobre la esencia y el objeto del arte. En vez de buscar la abundancia y el lujo de pormenores que tanto le gustaban al principio de su carrera, concluyó por tratar de hallar la sencillez y la armonia. Al cabo llegó á reconocer que la naturaleza no tiene el aspecto difuso, ni la penosa variedad que introdujo en sus primeros cuadros; pero sentia haber notado esto tan tarde, así como el ser tan viejo para cambiar su estilo radicalmente como lo deseaba. Entonces fué cuando hizo las sublimes figuras de los *Apóstoles* que se ven en Munich.

La hora fatal se acercaba para Alberto Durero. El yugo que le habia impuesto su mujer, se hizo de día en día menos llevadero y esa opresion le condujo á la tumba el 6 de abril de 1528.

Aun se enseña en Nuremberg en el cementerio de San Juan el puesto en que ese gran pintor, después de una vida de angustias, ha logrado alcanzar el reposo.

UN VIEJO.

(Véase la p. 302.)

Completaba el traje de este sujeto, una magnífica caña de Indias de luenga contrera, sobre cuyo puño de oro descansaban una sobre otra, sus largas y descarnadas manos. En cuanto á su fisonomía, era tan vulgar, que á escepcion de sus pequeños ojos grises, de penetrante mirada y sardónica espression, no merecian las demás partes de su rostro el honor de describirse.

— ¿Hablabá usted conmigo? le pregunté luego que escuché aquella especie de interpelacion.

— Si señor, si no lo toma usted á mal. Al oírle esclamár (pobre jóven!) no he podido menos de preguntarle si cree desgraciado para siempre á ese quidam que acaba de partir de aquí como un avion, y que tan infortunado se contempla él mismo segun ha dicho á usted hace un momento.

— Me parece, le contesté, que no se puede ser muy feliz cuando se ama con tan poca esperanza.

— Riase usted de eso, camarada, de todo se consuela el hombre en este mundo. Aquel á quien vea usted hacer mas aspavientos sobre lo desgraciado de su suerte en materias de

amores, y concediendo que efectivamente ame de corazon, y que por las causas que fueran conozca la imposibilidad de conseguir su objeto, dando esto motivo á que se crea el ser el mas infeliz del universo, el menor incidente, la más insignificante peripecia en su suerte, hace cambiar del todo sus ideas, y al otro día si bien no completamente satisfecho, porque jamás lo está el corazon humano, no piensa al ménos en el suicidio ni en todas las necesidades que bullian antes en su cerebro para interesar siquiera al Ángel de su destino.

— Sin embargo, le dije, hay varios ejemplos de amantes desgraciados que se han vuelto locos...

— ¡Bah! ¡bah! me interrumpió bruscamente, aunque no muy acalorado, lo juzgué á usted mas del siglo. Si han existido hombres que han dejado de serlo por verse despreciados de una mujer, lo que no dudo, sería allá en los tiempos en que se rompian la crisma á lanzazos por disputarse la gloria de proclamar cada cual por reina de la hermosura á la señora de sus pensamientos; pero ahora cíteme usted cuatro casos en que se hayan levantado la tapa de los sesos ó vuelto dementes como usted dice por el amor de una mujer. Desengáñese usted, además de ser los tiempos que alcanzamos demasiado positivos, porque las mismas mujeres han dado lugar á ello, estamos ya muy civilizados para que una pasion cause los estragos que solia ocasionar antes á las almas ardientes.

— Alto aquí, señor mio; ha dicho usted cosas espantosas, primeramente que las mujeres...

— Son la causa, en general, de la posibilidad en que vivimos.

— No comprendo á usted.

— No lo extraño, es usted muy jóven todavía; pero yo me haré entender. Observe usted, si frecuenta alguna sociedad, que quien es mas favorecido, adulado y apreciado del bello sexo, es por lo regular, el que le tiene menos miramiento, el que es mas atrevido, y quien engaña á mas, viéndose siempre desdeñado y puesto en ridículo el jóven novel, de buenas inclinaciones, que vírgen su alma á las tempestades de la vida, sigue sus instintos naturales, y para él una señora es un santuario, ante el que no se atreve á fijar la vista mucho tiempo, pudiéndose afirmar que si existe algun amor verdadero, solo es el quien lo siente. ¿Y qué es lo que saca de este modo de conducirse? la hefa, el escarnio de toda la sociedad, ser tilado de tonto ó de bruto por aquellas á quienes acata con todo su corazon, de fastidioso é insoportable para el jeneral de las gentes, que no observando en él la palabreria insinua, superficial y necia de casi todos sus contemporáneos, lo mira como un ente ridiculo é inútil. Entonces conoce y se convence el jóven que el obrar bien es perjudicial á sí mismo, porque nunca adelantará nada por aquel camino (en esta vida se entiende) y falta de la virtud necesaria para hacer frente á esa sociedad corrompida, que lleva por empresa «engañar», procura vencer, doblegar y acomodar sus inclinaciones al tipo que reclama y requiere el mundo en que vive; lo cual consigue á poco trabajo; y vea usted aquí como el buen natural del hombre se trueca á impulso de la sociedad y de las mujeres en ese carácter veleidoso, superficial y mezquino, que hace cambiar continuamente á aquellas contra la perversidad de los hombres del día, desconociendo el origen de tales procederes.

— Así me habló el viejito sin que desparciese de sí; rostro la sardónica sonrisa que mostró desde el principio de nuestra conversacion. Yo quedé pensativo. Las palabras de aquel hombre habian ido cayendo sobre mi corazon como

candentes gotas de plomo. Confieso francamente, que mis ideas respecto de la sociedad y del corazon humano no eran las mejores, pero distaban mucho de las que habia oido de la boca del viejo. Sobre todo, me horrorizaba su modo de raciocinar acerca del sentimiento que creia yo mas sagrado, de ese amor inocente y ardoroso, que regenera y vivifica nuestro ser, de ese amor puro y santo, cuyas emociones son la vida, la sola felicidad, los únicos momentos de ventura que disfruta el alma en este valle de miserias y dolores.

Levantóse el viejo de su asiento, se aproximó al mio, y colocándose á mi lado, me alargó una caja de rapé no sin haber antes sacado con el indice y pulgar de su mano izquierda un estupendo y apretado polvo.

— Gracias, contesté no lo uso.

— ¿Fuma usted?

Por toda respuesta saqué una caja, pero ya tenia abierta mi interlocutor una enorme petaca atascada de cigarrillos de papel. Tomé uno, encendí el otro, y no tardaron en estar envueltas nuestras cabezas entre nubes azuladas.

Quedamos en silencio; pero fué por cortos instantes. El escéptico viejo, escamó fijando en mí una escrutadora mirada.

— Conozco en su fisonomía, que está dudando de cuanto acabo de decir.

— Justamente, ó al ménos procuró no dejarme convencer; usted en primer lugar niega la existencia de un amor puro y verdadero que arrastra á los mayores excesos, tanto porque el hombre no puede concebirlo, cuanto porque en este caso veriasse burlado por aquella en quien cífrase su ventura... y ya conocerá usted que infundir estas ideas á un jóven, es lo mismo que asesinar sus ilusiones, y un hombre sin ilusiones es una planta tronchada, en la que va secándose poco á poco el jugo de la vida. Veá usted aquí la razon por que no quiero penetrarme de la verdad poco ó mucha que encierran sus palabras.

Mirábame atentamente el viejo, y vagaba en sus labios una sonrisa tan amarga, que me estremecia á mi pesar.

— Perfectamente, me contestó, no pretendo robarle sus queridas ilusiones. Únicamente ha sido mi ánimo darle mi pobre opinion sobre los particulares que por casualidad se han suscitado, opinion que no tarlará usted mucho tiempo en apropiárselas. En el día es usted muy jóven... mas ¿y qué... no me engaño, no, mas tarde quizás avance usted mas. Mientras tanto, oiga esta anécdota verdadera que puede servirle de ejemplo para apreciar en adelante esas pasiones desgraciadas que tanta impresion hacen en su alma y que con tanto calor defiende. Otro día, pues no creo que sea este nuestro último encuentro, probaré con hechos y personas conocidas, la certeza de cuantas palabras han salido de mi boca.

Sacó un pañuelo de seda, limpióse las narices, tomó otro polvo, y accionando con la derecha mano, cuyos dedos en figura de garita, encerraban aquel, comenzó de esta manera:

— Estaba en París, porque aquí dónde usted me ve con este frac tan ridículo, y este sombrero y estos zapatos, he visitado en mi juventud casi todas las capitales de Europa y algunas de las de Africa, siendo en mis tiempos tan elegante y fashionable como el primero; segun decía, estaba en París, y la noche á que me refiero en el teatro de la Opera. Luego que, segun costumbre, hube pasado revista con mis lentes á todos los palcos y galerias, me llamó la atencion una jóven, cuyo asiento estaba situado de modo, que desde él

milo podia verla á mi satisfaccion sin molestarme en lo mas mínimo. Cantaban aquella noche el *Moisés*, ópera que sabia; de memoria, y no puse gran cuidado en ella, fijando toda mi atencion en la jóven de que he hablado. Era hermosa, verdaderamente hermosa, pero confieso que mas me hubiera agradado sin la volubilidad que demostraba en todos sus gestos y acciones. Contemplándola estaba, sin quitar de ella mis cristales, cuando siento que me tocan en el hombro. Me vuelvo y veo á un caballero, no mal parecido que con el mismo desentono de voz que ha pronunciado la palabra *soneto* el adolescente que marchó de aquí hace poco, dijo:

— Es hermosa, ¿no es verdad?

— Tan atónito como usted cuando se encontró delante de su vista al que acabo de referirme, quedé yo al oír esta interpelacion, pues no habia visto en todos los días de mi vida semejante rostro; así es que le respondí algo confuso:

— Sí, señor, no es *maleja*; y diriji á otra parte mis lentes.

— ¿Qué es eso de *maleja*? me replicó cojiéndome el brazo, ¿divina, sublime, angelical!

No quise disputar, conociendo sin que me lo hubiera explicado, lo que habia en el asunto, y entablamos una conversacion en la que supe que la niña en cuestion pertenecía á la alta aristocracia; ítem mas, herederá inmediata del título de duquesa, y que mi enamorado Amadís, no pasaba su rango de la monstruosa clase media; es decir que no era mas que una persona decente, sin oficio ni cosa igual, viéndolo del producto de las visitas que su padre efectuaba como doctor en medicina; pero esto no le quitaba que fuese infamable hasta el estremo de poner sus pensamientos en una duquesa, asegurándose y perjurándose que se rompía la crisma contra un guardacanton, si no conseguia su blanca mano, que era el único tesoro y la sola felicidad que podia encontrar en este infierno que llaman mundo. Lo que no me dijo del todo era si su Dulcinea le correspondia, pero ciertas palabras que se le escaparon por efecto del calor con que me hablaba, me dieron á entender que no equivocaba sus observaciones.

Concluyóse la funcion, y ántes de separarnos me dió la mano ofreciéndome sus servicios; hice yo otro tanto por mi parte, y quedamos los mejores amigos del mundo.

Pasaron cuatro años, durante los cuales corrí cuatro ó cinco córtés, volviendo al cabo á París. Visitaba con frecuencia á unas señoras, en cuya casa formaban tertulia cotidiana los amigos de mas confianza. Era por la cuaresma, y llegaron á ponerse á la orden del día los tan *disertadistas* juegos de prendas, para lo cual bastó con que algunas reuniones del gran tono los acogiesen favorablemente. Una de las muchas noches que se jugaba á ellos, al llegar el turno á las sentencias, imponen al dueño *cuya fuera* la prenda que se sacase, la obligacion de proporcionar á las niñas un buen maestro de música, porque siendo demasiado caprichosas, no gustaban de ninguno de los que eran presentados. Enseñan la prenda y era mio. No tuve otro remedio que cumplir la sentencia, y al día siguiente me tuvo en todo un París, buscando como se busca á un médico para alguna enfermedad peligrosa, un profesor de tonos. Andando á la aventura, entré en un café donde tuve la fortuna de encontrar á varios conocidos. Hablé á uno de ellos sobre mi objeto, y me indicó á un tal M. Blandin, que gozaba de alguna reputacion entre la gente *diletanti*. Dióme las señas de su habitacion, tomé un fiacre, y á la media hora estaba llamando á la puerta de su casa.

— ¿M. Blandin? pregunté a una vetusta criada que salió a recibirme.

— Pase usted adelante, está en su gabinete.

Condujéronme a su presencia, y quedé no poco sorprendido al reconocer en M. Blandin al sugeto de que he hablado a usted, el jóven con quien hice conocimiento una noche en el teatro de la Opera. Pero lo encontré en extremo variado. De pálido, ojeroso y enjuto como una aguja, se había transformado en un hombre muy grueso con cara de tomate en su sazón; y la espresion lánguida de su rostro era entonces estúpida por demas. En una palabra, dejé a un verdadero elegante y encontraba a un rustico labrador.

Tampoco dejó mi hombre de sorprenderse al verme en su casa, y despues de los cumplimientos *indispensables*, le esplicó el objeto de mi visita. Quedámos conformes en el asunto, y ya me disponía a marchar, cuando me agarró una mano diciéndome:

— Hombre! hombre! dónde va usted tan apriesa? no tardaremos en comer, vamos, acompañenos usted.

Aquel modo de hablar en plural llamó mi atencion, y recordé la noche en que le conocí, creyendo al pronto que habría conseguido la ventura que tanto anhelaba: pero su posicion actual con el rango de aquella señorita del palco, contrastaban de una manera tal, que me sumergia en un mar de confusiones. ¿Cómo era posible que fuese maestro de música el esposo de una duquesa? Sin embargo, como suceden en este mundo tantas y tantas cosas, y para mi tengo que solo hay dos imposibles, no morir y ser apreciado un hombre sin dinero, me aventuré a hacerle esta pregunta:

— Se casó usted por fin?

— Si señor, me contestó, habrá sus tres años poco mas ó ménos, y le aseguro que gozo de la ventura mas completa...

— Ya, ya se deja conocer, le interrumpi riendo y echando una mirada á su amazacotado rostro.

— Venga usted, venga usted, continuó sin reparar en la espresion maliciosa mia, quiero presentarle á mi esposa... ¡pero calle! á mejor tiempo no podia haber venido. — Jacinta, te presento á este caballero, que es uno...

La mujer que entró en aquel aposento, no dejó concluir á su esposo. Pronunció con una voz gangosa y horripilante:

— La sopa hace mas de un cuarto de hora que está esperando, si no vienes me pongo á comer sola, y haciendo un frio saludo, salió sin dírjirme la menor palabra.

Confieso á usted que quedé pasmado, mudo, atónico, no solo de semejanje impolitica, sino de la mujer que se había presentado ántes mis ojos. Yo que aun tenía presente la imagen de aquella elegante señorita que llamó mi atencion en el teatro de la Opera, figúrese usted cual me quedaria al encontrarme con un arrapiezo de peor catadura que las fregonas mas infimas de nuestro país; vieja y repugnante.

— Bah! si tiene un genitico Jacinta, que ya, exclamó M. Blandin atribuyendo mi inmovilidad al efecto causado por los modales poco galantes de su conjunta, pero no tiene mas que eso, por lo demas...

— Pero es esa la mujer de usted? le dije no creyendo todavía en tamaño absurdo á mi parecer.

— Si, señor, ¿qué duda tiene?

— Vamos, es imposible.

— Será si usted se empeña, pero es lo cierto que soy yo su marido.

— Hombre! y aquella duquesita por quien iba usted á comperse el alma...?

— ¡Ja! ¡ja! contestó riendo, se acuerda usted todavía de aquello? y sin duda lo dice por el contraste... amigo, esas son las cosas del mundo.

Pero esplicqueme usted...

— En dos palabras será, pues Jacinta se impacienta y es incapaz de comerse ella sola toda la sopa. Ya conté mi amor loco por aquella jóven... pues cuando á fuerza de constancia logré dar principio á nuestras relaciones, lo cual me parecia un sueño, me llamó un dia mi padre diciéndome: Pablo te se presenta un partido ventajoso. Tienes una prima que heredará cien mil francos á la muerte de su padre, quien me ha propuesto su enlace contigo, siempre que te dediques á alguna ocupacion. Dos dias tienes para reflexionar. Hicelo así, dirigi una mirada sobre mi situacion precaria, y racionando con alguna filosofia, puse á mi prima en una balanza con los cien mil francos, y en la otra mi amor á la duquesa con las probabilidades de bienandanza. Hacia que lado venció el peso, no hay para que preguntar, sabiendo que había *intereses* de por medio... Ya ha visto usted el resultado. Era aficionado á la música y no titubé en presentarme como profesor, y aqui me tiene usted á su disposicion; conque vamos, sin etiqueta, quiere usted ser nuestro comensal?

Le di las gracias, y aturrido bajé las escaleras haciéndome cruces. Era aquella la vez primera que se presentaban á mi vista las susceptibilidades del corazon humano. Y bien no me dice usted nada?

El sol daba ya sobre nosotros, y la estancia en aquel sitio no era muy agradable. Por otra parte, fué tan profunda la impresion que en mi jóven alma hicieron las palabras de aquel hombre, y su modo de espresarse sarcástico y cruel, que me hubiera sido imposible coordinar mis ideas para contestarle.

— Mañana ú otro dia continuaremos, le dije tínicamente.

Al tiempo de despedirnos, repuso apretándome la mano con un acento que ponía en conmocion mis nervios:

— Jóven, si apetece no ponerse en ridiculo, si no desea vivir como un mártir y amargar los instantes de su vida, sufriendo desengaños que marchitarán su corazon como el otoño las hojas de estos árboles, tenga usted siempre presente que en este mundo, todo es pasajero como la vida, y lo que nos parece mas difícil, suele estar mas á nuestro alcance. Que es un tonto quien se deja llevar de las primeras ideas que le dicta una razon que no lo es ofuscada por la contrariedad de sus fines, que se debe dejar correr el tiempo, mirando con la indiferencia del sexagenario los que ocurran en su trascurso, sacar el mejor partido que se pueda de lo malo de las cosas terrestres, para lo que no debe perderse nunca de vista (y esto evitara no pocos disgustos) que de tejas abajo, en el círculo de la sociedad, está identificada esta máxima, que lo que le falta de piadosa le sobra de verdad era: **QUEEN MAS HACE (en todos sentidos) ES EL QUE MENOS MERECE.**

Y soltando mi mano se internó por las alamedas.

Tres años han pasado, y parece que suenan aun en mis oidos tan fatidicas palabras.

J. J. S. DE LA F.

LONGEVIDAD DE LOS ANIMALES.

Un elefante puede vivir 400 años; los cisnes 300; una tortuga vivió mas de 490; un águila murió en Viena de 404; los camellos suelen llegar á cumplir los 400 años, y los cuervos tambien; los caballos pueden tener mas de 70, pero je-

UN POETA Y UN ACTOR.

neralmente viven de 25 á 30; los rinocerontes 50; el oso rara vez pasa de los 20 é igualmente el perro y el lobo; el gato 47; el zorro de 4 á 16; la vaca pasa infrecuentemente de los 45 años; el carnero de los 40, y las ardillas, liebres y conejos de 5 á 8.

El poeta dramático mas antiguo que se conoce es Susarion, griego, que nació en Icaria, provincia de Attica, y floreció 389 años ántes de nuestra era. El actor mas antiguo es Thespis, griego tambien, que trabajó 540 años antes de Jesucristo. Recorrió el Attico en un carro que le servia de escenario.

ABRAHAM BOSSE,

GRABADOR AL AGUA FUERTE, PINTOR Y ESCRITOR.



El regalo de boda por ABRAHAM BOSSE.—Dibujo de PAUQUET.

Abraham Bosse nació en Tours en 1644. Toda su vida conservó mucho afecto á su ciudad natal; nunca renunció, en ninguno de los privilegios que le concedieron ya por sus libros ó ya por sus estampas á su título de Tourangeau y cuando al fin de su vida se casó de las pesadumbres y enojos que su humor le proporcionó en París, se volvió á su querida ciudad de Tours á buscar el reposo y morir.

En 1629 principió á trabajar en París; y á pesar de sus protestas admirativas por el Poussin fué toda su vida el último y mas brillante de todos los discípulos de la antigua escuela de Fontainebleau.

En 1633 la destreza y la gracia de este hábil grabador y la fácil invencion de su dibujo le conquistaron una extraordinaria nombradía. La variedad de sus trabajos es imposible de decir. Compuso frontispicios y viñetas para todos los poemas épicos y las novelas de Saint Armand, Chapelain, Desmarets, Boisrobert y Tristan; para los libros sagrados de los católicos y de los protestantes; hizo prospectos para boticarios, títulos para las obras de heráldica, de quimica, de geometria y de cosmografía; grabó tesis, símbolos místicos, estampas de los milagros de Santa Ana en Bretaña, viñetas para misales, letras de adorno, asuntos de Virgilio y de Terencio para traducciones; adornos de platería, abanicos,

planos y mapas geográficos, entradas y triunfos, y todo con una libertad, una imaginacion, una fecundidad y un chiste incomparables.

Bosse grabó tambien algunos lindos retratos, entre otros los de Luis XIII y Richelieu, y dibujó á la gloria de Callot su ilustre modelo, un pequeño monumento funerario.

Lo que le ha señalado á Abraham Bosse un puesto distinguido entre los artistas franceses del siglo XVII, han sido las innumerables y bonitas composiciones en las cuales nos ha conservado los trages, las costumbres, la noble altanería y la sencillez de aquel hermoso tiempo de la regencia de Ana de Austria, en que florecian los mas hermosos genios de la Francia en las armas, en las letras y artes; y en el que los usos y los adornos interiores recordaban aun la época de Enrique IV. En esas composiciones sin número Bosse tiene todas las cualidades de un pintor verdadero; ninguno ha sabido aprovechar mejor las vivas luces con que Vouet, La Hire y Patet inundaban sus figuras y paisajes. Tradujo en deliciosas escenas familiares, y revisió con los trages de su tiempo, las parábolas del Hijo pródigo, el Lázaro, las siete Obras de misericordia, las cuatro Edades del hombre, los grandes dias y las ocupaciones de las mujeres, los cinco Sentidos, y las cuatro Estaciones. Su siglo entero se halla en